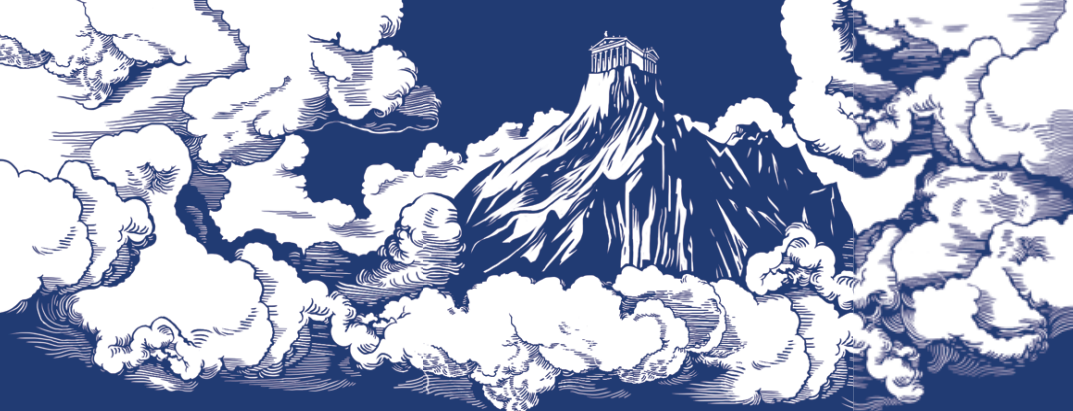




HÉRCULES,

EL HÉROE QUE NO QUISO SERLO

POL GISE



temas de hoy

POL GISE
HÉRCULES, EL HÉROE QUE NO
QUISO SERLO



temas de hoy

Tenía doce años cuando mi madre me contó quién era mi verdadero padre. Era casi la hora de irme a dormir, estaba nervioso, el día siguiente sería mi primer día de instituto y nunca me había relacionado con chicos de mi edad. Mi madre quiso mantenerme en una especie de burbuja y ojalá lo hubiera conseguido, pero el que hasta entonces consideraba mi padre, Anfitrión, estaba empeñado en reventarla.

—¡Hasta los huevos de que el niño esté todo el día en casa! —gritaba día sí, día también.

—Déjalo tranquilo —me defendía ella.

—¡Lo estás malcriando, Alcmena! Están todos los chavales de su edad jugando en la calle y Hércules sigue sin despegarse de tu túnica.

—No está preparado, Anfi. No es como los demás...

Llegados a este punto solían encerrarse en su habitación y yo me quedaba sin saber por qué era diferente. Al no estar nunca con gente de mi edad, no me podía comparar. Solo me

relacionaba con mi madre y, a veces, con Anfitrión. Pero aquella noche todo cambió.

Mi madre siempre venía a darme un beso antes de dormir, pero esa noche tardó más de lo normal. No sé vosotros, pero yo no podía dormirme sin un beso de mi madre, así que salí de mi cuarto a buscarla. Oí unos sollozos que venían de la cocina y fui hacia allí. La encontré sentada en el suelo, con las rodillas encogidas, llorando desconsoladamente.

—¿Qué ocurre, mamá?

Intentó esconder su tristeza secándose las lágrimas con las mangas de su vestido.

—Hércules, mi vida, ven.

—Ven tú. No quiero sentarme en el suelo.

Fui un poco egoísta, pero a mi madre le hizo gracia. Sonrió.

—Tienes razón, vamos a tu habitación —dijo levantándose.

Me agarró de la mano y volvimos a mi cuarto. Me metí en la cama y ella se sentó en el borde, como siempre hacía.

—Hércules...

—¿Por qué soy diferente? —la interrumpí.

Mi madre inspiró hondo. Siempre respiraba así cuando iba a decir algo importante, como si el aire le diera las fuerzas para hacerlo.

—Todos somos diferentes, hijo mío, no hay dos personas iguales, pero tú...

—¿Yo qué?

Se quedó en silencio unos segundos que a mí me parecieron horas, pero no la culpo, no era nada fácil para ella.

—Dame las manos —dijo.

Se las mostré con la palma mirando hacia el suelo. Ella, con mucha delicadeza, las giró y puso las suyas al lado de las

mías, en la misma posición: palmas hacia arriba. Las líneas de mis manos eran muy distintas a las de mi madre. Ella tenía, principalmente, tres: una que hacía una curva que iba desde la separación entre el pulgar y el índice, que se perdía intentando llegar a la muñeca, y dos más, prácticamente horizontales, por encima de esa. Si os miráis las manos veréis que también las tenéis, pero no es mi caso. Las mías tienen cientos de líneas que se cruzan entre sí formando figuras geométricas perfectas. Nunca le había dado importancia, no es una parte del cuerpo que se suela ver muy a menudo si no es a propósito y, como ya os he dicho, no podía compararme mucho.

—Las hechiceras suelen ver nuestro futuro en las líneas de las manos, pero las tuyas, en cambio, muestran tu pasado. —La escuchaba embobado mientras paseaba las yemas de sus dedos por mis palmas—. Tú no te acordarás, pero cuando eras tan solo un bebé, dos serpientes entraron en tu habitación...

—¿SERPIENTES?! —pregunté exaltado.

—Así es. Intentaron hacerte daño, pero te defendiste.

—¿Cómo...?

—Agarraste a cada una con una mano y las estrangulaste hasta matarlas. Las líneas de tus manos son la marca de sus pieles.

Mi madre me lo dijo con un tono muy cariñoso y esbozando media sonrisa de orgullo, pero yo solo pude pensar en que había matado dos serpientes con mis propias manos y que tenía sus siluetas grabadas para recordarlo toda la vida. Lloré a moco tendido.

—¿Por... por qué las maté? ¡Pobrecitas serpientes! ¡Soy un monstruo!

—Hércules, cariño, no eres ningún monstruo, te estabas defendiendo. Esas serpientes querían matarte...

—¡No te creo! ¡Eso lo dices para que no me sienta mal! ¿Por qué iban a querer matarme?

Nadie quiere tantísima información la víspera de su primer día de instituto. Mis gritos y lloros llegaron a oídos de Anfitríón, quien vino a la habitación. Entró dando un golpecito en el marco de la puerta y se apoyó con una mano en esta, mirándonos con esos ojos verdes saltones.

—¿Ya le has dicho que no soy su padre?

En la habitación se produjo un silencio absoluto. Los vientos, los pájaros y mi corazón se detuvieron para que nada me distrajera de digerir bien esas palabras.

—¿Que no... qué? —pregunté incorporándome.

Anfitríón no respondió, se dio cuenta de que, claramente, aún no me lo había dicho. Mi madre tenía la mirada clavada en el suelo fantaseando con incrustarle la cabeza en el suelo. Como nadie decía nada empecé a ponerme nervioso. Me levanté de la cama. Con doce años medía lo mismo que Anfitríón, y eso que él era alto.

—Papá... ¿por qué dices que no eres mi padre?

—Emm... no, a ver, Hércules... quería decir que...

—Has dicho que no eres mi padre...

Una nueva emoción invadió mi cuerpo, concentrándose en mi estómago y expandiéndose por el resto de mi ser. La voz me temblaba y las nuevas lágrimas que brotaban de mis ojos quemaban al llegar a mis mejillas. Eran muy distintas a las anteriores. Anfitríón se acercó a mí y puso las manos sobre mis hombros para intentar consolarme, pero eso no hizo más que acelerar este sentimiento desconocido. Sentí un impulso casi eléctrico de quitármelo de encima y le aparté los brazos con las manos. De pronto, se oyó un crujido, como si

alguien hubiese pisado una tostada. Anfitrión cayó de espaldas al suelo y gritó de dolor.

—¡Anfi! ¿Estás bien? —exclamó mi madre saltando hacia él.

—¡Mis brazos!

No podía moverlos. Anfitrión estaba tumbado boca arriba sacudiendo todo su cuerpo, pero parecía que había perdido el dominio de estos. Sus gritos de angustia y dolor inundaron las calles de Tebas. No hizo falta llamar al médico, pues los gritos ya lo habían alertado tanto a él como al centenar de vecinos chismosos que lo acompañaban. Mi madre insistió en que Anfitrión se había hecho daño al caer, quería protegerme, pero por mucho que el médico la creyera, este me miraba de reojo, pero no era el único. Todos lo hacían, incluso cuchicheaban, y algunos hasta se atrevían a señalarme como si no estuviera allí, como si yo fuera una publicación y ellos la sección de comentarios. Ahí fue cuando me di cuenta de que todos sabían quién verdaderamente era yo. Todos, menos yo.

Hay quien se pasa la vida viajando y buscando experiencias bajo el lema de «conocerse a uno mismo», «encontrarse a sí mismo» o algo así, y me parece que están saltando desde una avioneta usando una bolsa de plástico de paracaídas. Es que, a ver... ¿os habéis planteado la posibilidad de que quizá no os caéis bien? De ser así, ¿seríais capaces de aceptaros? ¿En serio creéis que estáis preparados para conoceros? Si tú, que me estás leyendo, tienes pensado hacer este viaje aparentemente revelador, hazte estas preguntas y ten en cuenta que puede que no seas un ser de luz. Además, me provoca bastante rechazo la gente que hace eso. Lo siento, pero me genera un malestar tremendo que haya alguien capaz de esforzarse tanto en descubrir algo que yo hubiese preferido ignorar toda la vida.

Evidentemente, la mañana siguiente no empezó mi primer día de instituto. La noche anterior habían sucedido demasiadas cosas como para enfrentarme a mi nueva vida. Tardé una semana más en empezar las clases. Durante ese tiempo, mi madre me lo contó todo.

—Hércules, tu padre es Zeus —se sinceró mi madre conmigo en la cocina. Al escucharlo, di un paso atrás, golpeé el talón con el armario de las especias y lo partí en cuatro trozos. Me lo creí, claro, ¿cómo iba a bromear con eso? No le dije nada, estaba impactado, no sabía cómo tomármelo. Ser hijo de un dios era algo muy importante, pero no tenía por qué ser bueno, ni muchísimo menos—. Zeus apareció un día, transformado de Anfitrión, pensé que era él, ¡era igual a él!, así que yo, tonta de mí, pues...

Le hice un gesto con la cabeza pidiéndole que no entrara en detalles y se detuvo. Quizá debía haberla consolado. Sé que para ella tampoco estaba siendo fácil contármelo, pero yo solo podía pensar en mí. A ella le había engañado Zeus, pero a mí todo el mundo.

—¿Ha venido alguna vez a verme? —pregunté.

Negó suavemente con la cabeza.

—¿Cómo estás tan segura? Podría haber venido transformado en Anfitrión y no te habrías dado cuenta, ¿no?

—Siento no habértelo contado antes, hijo, quería protegerte...

—¿De qué? ¿De las serpientes? —exclamé molesto.

A mi madre se le cambió la cara, nunca la había visto así de dolida. Me agarró el brazo con fuerza, ahora el que tenía miedo era yo, sentí como me encogía ante ella, la única persona a la que sería incapaz de levantarle la mano por mucha ira que sintiera.

—¿De dónde crees que salieron esas serpientes? ¿Eh? ¿Quién crees que las envió?

—¿Enviarlas?

—Fue la diosa Her... —se interrumpió a sí misma— la mujer de tu padre. Ella mandó esas serpientes para matarte.

Me quedé helado. Todo el mundo sabía que Hera perseguía a toda mujer que se acostara con Zeus, incluso las que habían sido violadas por él. La diosa no podía soportar que Zeus tuviera descendientes con otras que no fueran ella. Para que os hagáis una idea de la cantidad de hijos e hijas que Zeus tuvo fuera de su matrimonio: si hubiese sido fiel a Hera, ahora mismo el mundo estaría vacío. Me callé.

—Intentó evitar que nacieras con ayuda de su hija Ilitía, la diosa de los nacimientos, pero Galantis, nuestra querida criada a la que tanto echamos de menos... —Pasó un dedo por el costado de una estantería y me lo mostró lleno de polvo. Puso cara de asco por un instante— la distrajo y naciste. Como aquel plan suyo fracasó, urdió otro nuevo que tampoco le funcionó, porque infravaloró tu fuerza. —Me dio un leve golpe en el bíceps—. Lo que más odias de ti es lo que te mantuvo con vida, Hércules... Bueno y que te cambiamos el nombre, claro —añadió.

—¿Qué? ¿Mi nombre? —pregunté volviendo en mí.

—Cuando naciste decidimos llamarte Alcides, en honor a tu abuelo Alceo. Pero cuando Anfitrión y yo fuimos al oráculo a preguntar qué podíamos hacer para que la diosa dejara de intentar hacerte daño, dijo que te cambiásemos el nombre.

—Pero ¿qué tiene que ver?

—Tu nombre, Hércules, significa «gloria a...».

—¿Hera?! —grité.

Me hizo un gesto para que bajara el volumen, como si tuviera miedo de invocarla. Asintió. Me daba bastante rabia que mi nombre fuera un homenaje, un piropo, a la diosa que me quería ver muerto. No se lo dije a mi madre, pero me lo vio en la cara. Me soltó el brazo y abrió un cajón, el de los cubiertos, que estaban en una bandeja con separadores. La levantó y sacó un papel de debajo de esta.

—He estado guardando esto para cuando llegara el momento —dijo al tiempo que me lo entregaba.

—¿Qué es?

—Si Hércules te parece un mal nombre, estos son algunos de los que te quería poner Anfitrión...

Abrí el papel con tanta intriga como lentitud, estaba bien doblado. Quedé horrorizado. Era una lista de nombres, sorprendentemente larga, entre los que ponía: «Heragua-pa», «Heralamejor», «Heralamásmejor», «Heralamáschula», «Hera<3»... Tuve que apoyarme en mi madre porque me mareaba al pensar que uno de estos podría haber sido mi nombre. Dejé caer el papel al suelo y la abracé. Menos mal que se le ocurrió algo más discreto, pero igual de eficaz. Vale que había que contentar a la diosa, pero hubiese preferido morir antes que llamarme Heralamáschula; aunque, bueno, en el instituto nada me habría salvado de una experiencia peor de la que tuve.